

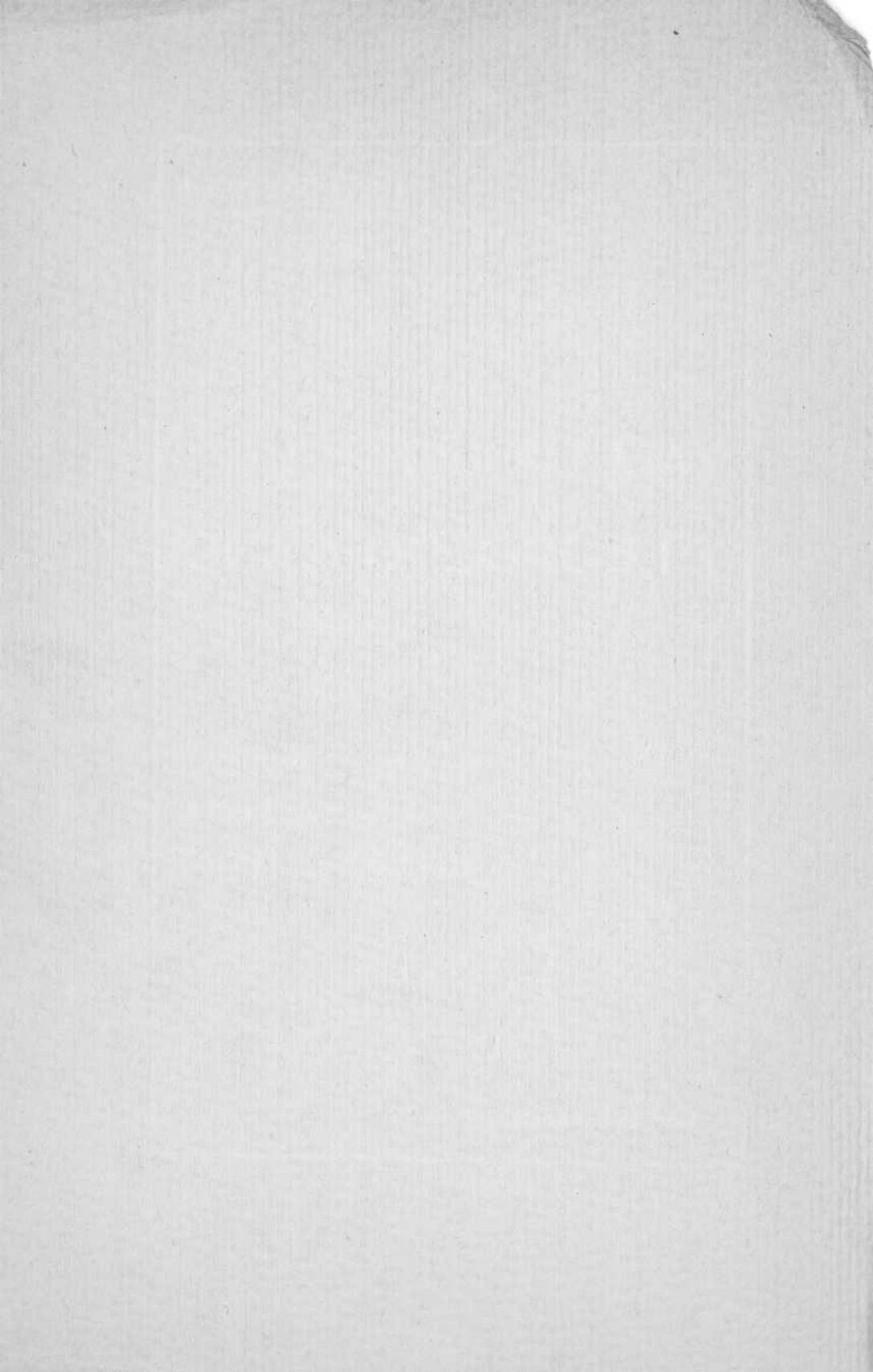
OCTUBRE 1924

VALLADOLID
Y LEOPOLDO CANO

HOMENAJE TRIBUTA-
DO POR LA CIUDAD A
SU HIJO PREDILECTO

IMPRESA CASTELLANA

JT - F 3037



VALLADOLID

Y LEOPOLDO CANO

VALLADOLID Y LEOPOLDO CANO

EXPOSICION DE TRIBUTAS
DE LOS AÑOS 1890 A 1895
EN LA CIUDAD DE
VALLADOLID

OCTUBRE 1924

VALLADOLID
Y LEOPOLDO CANO

HOMENAJE TRIBUTA-
DO POR LA CIUDAD A
SU HIJO PREDILECTO

IMPRESA CASTELLANA

T. 1264890
C. 71722560

OCTUBRE 1934

Y LEOPOLDO GANO
VALLEADOLID

SU HIJO PREDILECTO
DO POR LA CIUDAD A
MOMENTOS TRIBUTA

INSTITUTO CASTELLANO



R. 162 329

La iniciativa

En Septiembre de 1924, la revista literaria *Ideas*, que se publica en Valladolid, sugirió el pensamiento de que se tributase un homenaje a don Leopoldo Cano, único poeta superviviente de la pléyade que en la segunda mitad del siglo XIX elevara a tan gloriosa altura el nombre de la escuela vallisoletana. El Ateneo de Valladolid, dispuesto siempre a toda empresa generosa, acogió la iniciativa y organizó el homenaje, invitando al ilustre poeta a visitar su ciudad natal de la que se hallaba alejado hacía tiempo. Fué la modestia de don Leopoldo Cano el único obstáculo que hubo que vencer para la celebración del homenaje. Al fin, defiriendo al reiterado ruego del presidente del Ateneo, don Andrés Torre Ruiz, el insigne vallisoletano aceptó la invitación, quedando señaladas las fechas de 28, 29 y 30 de Octubre del año actual 1924 para los actos que habían de celebrarse en su honor.

A la iniciativa del Ateneo se sumó bien pronto el Ayuntamiento que, a propuesta del regidor señor Requena, acordó entregar al señor Cano el título de hijo predilecto de la ciudad que le había sido conferido en 1883.

Todos los elementos de Valladolid se dispusieron a agasajar al esclarecido autor de tantas obras que habían recorrido triunfalmente los escenarios de España, distinguiéndose en la efusión del afecto el Cuerpo de Estado Mayor, al que el señor Cano pertenece, la clase escolar, y el diario *El Norte de Castilla* que, como siempre que se trata de honrar las legítimas glorias de la ciudad, dedicó preferente atención y largo espacio al homenaje.

El saludo al poeta

El día 28 de Octubre, señalado para la llegada de don Leopoldo Cano a Valladolid, *El Norte de Castilla* saludó al poeta con el siguiente artículo de su colaborador don José Antonio G. Santelices:

«Bienvenido, maestro; bienvenido en estos días, ansiosamente esperados por vos y por nosotros, en que llegáis con noble y juvenil gallardía, «a dar el abrazo del hijo viejo a su madre queridísima», a esa madre que os espera con los brazos abiertos, deseando demostraros su gratitud sincera, su cariño efusivo, su entusiasmo incalculable.

Ante vos abre Valladolid su corazón, donde vive imborrable vuestro recuerdo, y se apresta a mostrar cumplidamente que no es practicante de póstumos homenajes y tardíos arrepentimientos. Vuestra ciudad natal aspira a que esta visita afirme los lazos que con vos la unen, y sirva para exteriorizar sentimientos y afectos que la distancia y la silenciosa modestia no han logrado entibiar.

En vos saluda y honra Valladolid la memoria de aquellas tres figuras nacionales que en unión vuestra llenan una de nuestras más brillantes ejecutorias; al nombre de Leopoldo Cano se asocian instintivamente los de Zorrilla, Ferrari, Núñez de Arce.

El Valladolid oficial y el pacífico y sencillo del pueblo, los hombres de ciencia y los literatos, los poetas y los artistas, los catedráticos y los estudiantes, todas las clases sociales, se unirán en estos días en un mismo entusiasmo y un idéntico ideal; volverán a gustar de nuevo la belleza de vuestra obra, y se rendirán respetuosos ante vuestro nombre venerado, rodeado de una fama magnífica, fundada en el saber y acrecentada y afirmada en el trabajo diario, noble, constante, múltiple y esforzado.

Valladolid interrumpe en estos días el curso de su vida para ofrecer en vos un tributo a la España del espíritu y del pensamiento. Con sus actos y sus ideas dará

su firme y ostensible acatamiento a aquellas palabras que desde el libro inolvidable e inimitable han pasado, como verdad incontrovertible, sobre los tiempos y los hechos: «Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas; y todas las cosas que se pueden desear, no se pueden comparar a ella».

Bienvenido, maestro, y que de estos días conservéis el cariñoso e íntimo recuerdo que nosotros de vuestro nombre altísimo y admirado.»

En el mismo número, y con el título *El hombre y su obra*, se recordaba la fecunda labor de don Leopoldo Cano y su historia literaria y militar en los siguientes términos:

«Llega hoy a Valladolid don Leopoldo Cano. Llega, según él mismo ha dicho, «a dar el abrazo del hijo viejo a la madre querida». Y la ciudad se dispone, acogedora, a responder, como siempre, al afecto de su hijo preclaro, con efusión maternal. Ocasión es de recordar la obra entera del insigne poeta, evocando los hechos de su vida, larga y gloriosa, en la que tantos laureles ganó para su nombre y para el de su ciudad natal.

Don Leopoldo Cano y Masas nació en Valladolid el 13 de Noviembre de 1844. Cumplirá, pues, ochenta años dentro de pocos días. De familia hidalga y hacendada, cursó sus primeros estudios en nuestra ciudad y, llevado de una entusiasta vocación, ingresó en la Escuela de Estado Mayor en 1861. Cuatro años después, en 1865, el brillante alumno salía de la Academia con el número uno de su promoción, realizando sus prácticas en los regimientos de Infantería de Almansa, Príncipe y Africa, y en el de Caballería de Talavera. Capitán en 1867, fué profesor de la Escuela Superior de Guerra hasta 1875. Salió entonces a campaña con el general Martínez Campos, asistiendo a la marcha del Baztán y a las acciones de Alzuza, Elcano, Peñaplata y Vera, obteniendo el grado de coronel sobre el campo de batalla. Era entonces en su Cuerpo comandante graduado de teniente coronel, y al

terminar la campaña entró como profesor en la Escuela de Guerra, en la que permaneció hasta 1882, colaborando en la reorganización de la enseñanza militar y en la reglamentación de la Academia general. Coronel de Estado Mayor en 1881, fué nombrado jefe de estudios de la Escuela. En 1890 pasó como Secretario General a Puerto Rico, regresando en 1892. Fué sucesivamente secretario de la junta consultiva y jefe de Estado Mayor de Galicia, ayudante de los generales López Domínguez y Azcárraga y jefe de estudios de la Escuela Superior. En 1900 ascendió a general de brigada, ocupando la dirección de la Escuela en 1907. General de división en 1910, ocupó los cargos de jefe del Estado Mayor Central y fiscal y consejero del Supremo de Guerra y Marina.

De su competencia técnica son fruto sus obras *Tratado de la cantidad radiante* y *Las cantidades imaginarias*.

Al mismo tiempo que su carrera militar, se desarrollaba, brillante y triunfal su carrera literaria, en la que llegó a las más altas cumbres. La primera obra dramática de Cano fué *El filósofo en hambre*, estrenada en 1876. Siguiéron a ella *Los laureles de un poeta* (1878), *La opinión pública* (1878), *La mariposa*, estrenada en el Español en 1879 y, poco tiempo después, en Suecia, con gran éxito. *El código del honor*, *La moderna idolatría*, *La Pasionaria*, estrenada en Jovellanos en 1883; *La muerte de Lucrecia*, cuyas primicias reservó Cano a Valladolid, en cuyo Teatro de Calderón se estrenó en 1884; *Trata de blancos* (1887); *Gloria* (1888); *Velay* (1891); *La Maya*, también representada en el Teatro de Calderón antes que en ningún otro; y *Máter Dolorosa*, estrenada en el Principal, de Barcelona, en 1904.

Además de estas obras, estrenadas con éxito, tiene Cano inéditas las siguientes: *Don Francesillo de Zúñiga*, *El ganapierde*, *La paloma de las Brañas*, *La luna de miel con moscas* y *La esquina del Suizo*.

Como poeta lírico ha escrito *Saetas*, *A la patria* y *El triunfo de la Fe* y otras poesías, aún sin coleccionar.

La obra literaria de Leopoldo Cano, inspirada y fecunda, le valió que la Academia Española le llamase a figurar entre los inmortales, y en 9 de Junio de 1910 leyó su discurso de recepción, que versó sobre *El preceptismo y la poesía en el teatro*, contestándole don Alejandro Pidal.

El nombre de Leopoldo Cano evoca toda una época de nuestra literatura. Aquella época (1875-1898) tan discutida después, pero en la que florecían tantos y tantos ingenios peregrinos, cuyas obras no han sido más tarde superadas: con Echegaray y con Sellés, nuestro poeta sostuvo durante un decenio la escena española, dándole dramas de vigor y de nervio, que enardecían a las multitudes. ¡Teatro, ciertamente, muy distinto del blando, frívolo y decadente de hoy! ¡Qué recuerdos los que despertan las obras de Cano al hojearlas ahora! ¡Oh, los nombres que figuran en los repartos! Elisa Mendoza Tenorio, la Contreras, la Fenoquio... Calvo, Vico, Mario, Sánchez de León...

Hoy, en su gloriosa ancianidad, cargado de años y de laureles, cediendo al cariñoso requerimiento del Ateneo, Leopoldo Cano viene a su ciudad natal. La ciudad aplaudirá y festejará en él al último de la pléyade, al poeta del entusiasmo y la pasión, al que supo manejar la pluma como una espada, esgrimiéndola contra la mezquindad, el egoísmo y la doblez, y en defensa de los grandes ideales, y, sobre todo, del ideal de la Patria, supremo amor de todos sus amores.»

Llegada de don Leopoldo Cano

Llegó don Leopoldo Cano a Valladolid el 28 de Octubre.

Hizo el viaje desde Madrid en automóvil, acompañado de sus hijos don Adolfo y don Alfonso y la distinguida esposa de éste.

En el hotel de Francia, donde se hospedaron los ilustres viajeros, fueron saludados por una representación del Ateneo y por numerosos amigos particulares. Los vi-

sitantes pudieron apreciar con satisfacción que el insigne vallisoletano conservaba en su vigorosa ancianidad la silueta característica de los años mozos: el pelo, abundante y ondulado, el largo bigote marcial, la mirada fulgurante. Y, sobrepujando la fortaleza física, la lozanía espiritual: el ingenio despierto, el arte de conversar, la réplica pronta. Viéndole y oyéndole, no era posible creer que quien así hablaba, cumpliría quince días después ochenta años.

Visita del Ayuntamiento

A las seis de la tarde, el ilustre escritor recibió la visita de una comisión del Ayuntamiento, que le saludó en nombre de la ciudad. En esta visita quedó acordado que la recepción en el Ayuntamiento se celebrase al día siguiente, a las doce, entregándose en este acto solemne por el alcalde, al insigne vate, una carpeta conteniendo el título de hijo predilecto, distinción que le fué conferida en 1883.

EN EL ATENEO

VELADA DE HONOR

El Ateneo, al que corresponde la iniciativa del homenaje, inauguró éste con una solemne velada en honor del ilustre poeta.

Ello dió origen a una solemnidad brillante y de gran expresión espiritual.

El nombre de Leopoldo Cano, la simpatía y cariño admirativo que inspira su noble figura y el relevante prestigio de las personas que en su honor habían de hacer uso de la palabra, congregó a una concurrencia numerosa y selecta que llenaba el amplio salón de actos. En ella predominaba, como siempre, y más en esta ocasión, el elemento femenino, y a él se sumaban las figuras más sa-

lientes de la cátedra, la intelectualidad, la literatura y el periodismo local, y al lado de todos ellos escogida representación de todas las clases sociales de la ciudad.

El portal y la escalera de la casa aparecían engalanados con profusión de plantas y flores naturales, artísticamente dispuestas con el gusto acreditado en el competente director de los jardines y parques municipales, señor Sabadell, y en los pasillos y salones notábanse la agitación y el movimiento de los grandes días.

El acto

Una larga y prolongada salva de aplausos saludó la entrada en el salón de don Leopoldo Cano, seguido de las autoridades y representaciones.

Con el señor Cano y el presidente del Ateneo, señor Torre Ruiz, tomaron asiento en el estrado presidencial el capitán general de la región, el gobernador civil, el presidente de la Audiencia territorial, señor Sierra; el rector de la Universidad, señor Valverde; el gobernador militar, general Cantón; el concejal señor Alvarez del Manzano, en representación del Ayuntamiento; el diputado provincial, señor Amigo, en nombre de la Diputación; el delegado de Hacienda, señor Armendáriz, y los generales de Estado Mayor e Infantería, señores Sánchez Monge y Baños.

Los restantes lugares fueron ocupados por varios jefes y oficiales del Cuerpo de Estado Mayor (al que pertenece el general Cano) y las personas que habían de tomar parte en el acto.

El presidente del Ateneo

Inició los discursos el docto presidente del Ateneo y decano de la Facultad de Historia, don Andrés Torre Ruiz, que pronunció el siguiente discurso:

«Señoras y señores: No es esta ocasión a propósito para juzgar la labor del Ateneo, ni, aunque lo fuera, me correspondería a mí. Creo, sin embargo, que nadie podrá

negar a esta labor tres virtudes: constancia, desinterés y amplitud de espíritu.

Constancia, porque en los diez y siete años que lleva de vida este Ateneo, bien comprenderéis que ha tenido que pasar por frances difíciles que sólo con perseverancia y buena voluntad se han vencido; desinterés porque siendo nuestra sociedad vía sólo de entusiasmo y de buenos propósitos, todos los que con nosotros han colaborado—y sólo en su curso anterior se dieron más de cuarenta conferencias—han trabajado sin retribución ninguna; finalmente, amplitud de espíritu nadie nos la podrá negar, pues, en lo que de nosotros ha dependido, tolerancia y libertad, postulados de todo pueblo civil y civilizado, las han encontrado siempre nuestros colaboradores.

En la serie, ya larga, de nuestros homenajes hemos atendido sólo al mérito, a la nobleza de espíritu, a la elevación del sentimiento, a la perseverancia. Así nuestras exaltaciones han podido encenderse delante de Santa Teresa y de Pascal, de Fray Luis de León y de Tolstoy, de Pi y Margall y el beato Alonso Rodríguez.

Pero si nuestras admiraciones han ido sin limitación de secta, ni de patria, a buscar y exaltar el verdadero mérito, no os extrañará que nuestro afecto haya creado una perspectiva y un orden y que nuestros homenajes hayan ido primero y hayan vuelto reiteradamente hacia aquellos hombres que son, por sus obras, honor de España y honor de la ciudad en que vivimos.

Zorrilla, Núñez de Arce y Ferrari han recibido más de una vez nuestro elogio.

Tenía el Ateneo una deuda con el ilustre vallisoletano don Leopoldo Cano y Masas y es ésta, la que hoy con todo entusiasmo y con toda modestia, quisiéramos saldar.

Los distinguidos ateneístas don Narciso Alonso Cortés y don Nicolás Benavides elevan dignamente la representación del Ateneo.

Conste que hemos querido sólo buscar una ocasión

para que la ciudad diera al viejo poeta un abrazo maternal, que no quisiéramos que fuera el último, pero sí el más efusivo y el que el poeta recordase con más emoción y más placer.»

La concurrencia acogió con sinceros y calurosos aplausos las palabras del dignísimo presidente del Ateneo.

El señor Alonso Cortés

El erudito literato e investigador don Narciso Alonso Cortés, miembro correspondiente de la Real Academia Española, a la que representaba en el acto, realizó un completísimo y admirable estudio de la personalidad literaria de Cano, señalando su doble representación, regional (vallisoletana) y general (nacional).

«Trascendental es, por donde quiera que se mire, la representación de Cano y Masas en el teatro español del siglo XIX. En unión de algunos otros autores igualmente famosos, llena toda una época y toda una escuela.

La producción de Leopoldo Cano no es ciertamente escasa. Sus obras dramáticas son éstas: *Un filósofo en hambre*, *El más sagrado deber*, *Los laureles de un poeta*, *La opinión pública*, *La mariposa*, *El código del honor*, *La moderna idolatría*, *La Pasionaria*, *La muerte de Lucrecia*, *Trata de blancos*, *Gloria*, *¡Velay!*, *La Maya* y *Mater Dolorosa*.

Con no ser pocas, ofrecen mayor interés todavía por su calidad y trascendencia social que por su número.

Allá por los años de mil ochocientos setenta y tantos, notábase en el teatro español una efervescencia desusada. Pasada la que pudiéramos llamar época clásica del romanticismo, su influencia subsistió durante largo tiempo, con modificaciones y cambios, mientras la encantadora comedia bretoniana evolucionaba hasta la comedia de *sociedad*; luego hubo un corto período en que el arte dramático estuvo a la expectativa, como meditando qué rumbos había de seguir.

Fué entonces — en la fecha indicada —, cuando Echegaray dió a la escena *La esposa del vengador, Cómo empieza y cómo acaba, En el puño de la espada*, causando la natural sensación. Aquello era sí, el romanticismo, pero con sus monstruosidades aumentadas, con sus afectismos llevados al último extremo.

Leopoldo Cano y Masas, que ya era conocido por dos ensayos dramáticos, dió entonces al público *Los laureles de un poeta*. La obra — ¿cómo no? — pareció a todos excelente, y aseguró la fama del autor vallisoletano, pero todos lamentaron también que éste se dejara llevar por los mismos derroteros que Echegaray.

Y, sin embargo, no faltó quien supusiera que *Los laureles de un poeta*, con sus situaciones violentas, con su realismo y con su desenlace tremebundo, era precisamente una intencionada parodia, una crítica disimulada e ingeniosa de la escuela echegarayesca. Tal podría sospecharse, efectivamente, al ver el resultado que en el drama producen las obras de Pablo, el escritor realista, en sus propios hijos, pero era preciso reconocer a la vez que el autor dramático, al jugar con fuego, habíase quemado en la misma llama que trataba de prevenir.

¡Y qué certero instinto teatral revelaba *Los laureles de un poeta!* La acción, clara y desenvuelta, encamínase derechamente al fatal desenlace; los personajes, con alguna rara excepción, tienen su particular cometido que a idéntico fin converge, y entre frases aceradas y agudas invectivas — maneras que ha tenido siempre de manifestarse la inconfundible vena satírica de Cano y Masas — se admiran los primores de una versificación fácil y vigorosa, en nada opuesta a la sencillez del diálogo.

A *Los laureles de un poeta* siguió bien pronto *La opinión pública*, de tendencias muy parecidas. La tensión dramática alcanza en ella su mayor grado.

La tesis de la obra — lo erróneo de la sentencia *vox populi, vox Dei* — va envuelta en un terrible drama, en que no falta ni la *anagnórisis* clásica, y que conduce fatalmen-

te a un término funesto. Caracteres perfectamente trazados son los de *Gloria*, bellísima figura que esparce su luz sobre las sombras del drama, de *Luis*, nuevo Edipo enamorado de su madre, y de *don Juan*, víctima desdichada de *La opinión pública*.

En *La Mariposa* cambió Cano de procedimiento, con general aplauso. Aquel no era ya un drama *marca Eche-garay*, con sus efectos rebuscados, sus situaciones violentas y sus monstruosas crudezas; era un drama humano donde predominaban los afectos y las pasiones, donde por los naturales cauces de lo conmovedor y de lo trágico, con toda la verdad de que el arte es susceptible, se perseguía el efecto teatral. *Luis*, el protagonista, va buscando doquiera la felicidad esa felicidad inasequible al hombre—; y cuando desespera de encontrarla, llega a saber que está precisamente en lo que tenía a su alcance y siempre había desdeñado: el amor de *Martina*, pobre joven que muere de alegría al conocer los sentimientos de *Luis*. De colores apaciblemente pesimistas, *La Mariposa*, debe tenerse como una de las mejores producciones de su escuela. El teatro de Cano y Masas estaba ya perfectamente definido.

Guiábale siempre el nobilísimo deseo de fustigar a la sociedad moderna, pero no con eufemismos ni blandas censuras, sino con la más vigorosa energía; no con tímidas alusiones ni débiles acometidas, sino con violentos fustazos y enérgicos cauterios que llegaban a lo más hondo. Los aristócratas malvados y envilecidos en el ceno de sus riquezas; los hipócritas que, bajo capa de religiosos, encubren sus pasiones y concupiscencias; los explotadores del vicio y de la cobardía... Toda esa larga serie de seres perversos iba desfilando en las obras de Cano, en toda su odiosa desnudez. Y enfrente de ellos, formando el conveniente contraste—que no todo en el mundo es maldad y miseria—aparecían los buenos, los honrados, los humildes, combatiendo con las armas de la abnegación y el sacrificio.

Y este mismo ideal inspiró *El código del honor* y *La moderna idolatría*, y la obra que más fama ha dado a Leopoldo Cano: *La Pasionaria*.

Al estrenar *La Pasionaria* no concurren las circunstancias que hubo más tarde al representarse *Electra*, por ejemplo; y, sin embargo, la impresión que produjo fué tremenda.

Aquel drama sentido, en que, del mismo modo que la luz junto a las tinieblas, aparecían los sentimientos más puros del alma humana y sus infames aberraciones, llegó a lo profundo del público. Acaso el ilustre autor exageró un poco sus tintas al pintar la repugnante hipocresía de *Justo*, la resignada desgracia de *Petra* o la ruda honradez de *Marcial*; pero el drama que palpitaba en el fondo, era de los que arrancan la emoción más intensa. Y *La Pasionaria* produjo indescriptible entusiasmo, y se representó en varias temporadas, y su autor fué doquiera aclamado.

Muy diferente a *La Pasionaria* fué *La muerte de Lucrecia*, que la sigue en orden cronológico. Trátase de una bella tragedia al modo clásico, sobre el conocido asunto de la historia romana que habían utilizado ya algunos dramáticos, entre ellos Moratín, padre, y el francés Ponsard.

Trata de blancos encierra un nuevo y rudo golpe a la ruindad y a la hipocresía; como prototipo del bien hállase su protagonista, *Juan de Dios*, que se agita en una sociedad de malvados. *Gloria*—cuyo éxito sólo puede compararse al de *La Pasionaria*—sin carecer de los caracteres de su filiación, ofrece otro elemento interesantísimo: el sutil idealismo que, con misterioso atractivo, flota sobre toda ella. Dentro de la acción humana que en ella se desarrolla, hay en *Gloria* mucho de simbólico. Simbólica es la figura de *Gloria*, la protagonista; simbólico es el personaje *Lorenzo*, artista del ideal; simbólico es el ciego *Esteban*, que constituye una creación admirable.

¡*Velay!* y *La Maya* tienen por escenario la tierra cas-

tellana, *la que hace los hombres y los gasta*. En la primera, el pueblo castellano pone la luz límpida y vibrante de su criterio puro sobre los artificios malsanos de la vida cortesana. En *La Maya* vemos de un lado a la nobleza de abolengo, quizá un poco orgullosa en ocasiones, pero pronta a revelar lo ilustre de su sangre; de otro lado a la riqueza improvisada, zafia, grosera, que no puede comprar la elevación de sentimientos con el oro de sus talegas.

Máter Dolorosa es la última obra de Cano y Masas. Está escrita en prosa, y contiene una sátira muy fina contra los potentados viciosos y contra el *arte novísimo* y sus cultivadores. *Cesáreo*, pintor de la escuela más reciente, que se cree un ser excepcional, no titubea en abandonar a su hijo y a su mujer—la *máter dolorosa*—en alas de sus sueños de loco. Aquí es donde figuran el poeta *Nenúfitar*, autor de las *Noctúculas prosaicas adormescentes*, «versos sin consonantes, ni ritmo, ni pensamientos, ni tonterías de esas», y su compañero *Sérpulo*, que llama al *Quijote* «libro imbécil», y dice de él y de los suyos: «Somos la rebelión contra los ídolos falsos; la guerra que arranca la rama de los amores tontos; el desengaño que no cree en leyendas, ni en mitos, ni héroes; somos la esperanza de regeneración.»

Tiene Leopoldo Cano un libro de poesías muy celebrado: *Saetas*. Hay en él poesías serias, de tonos elevados—*El triunfo de la fe*, *Cuento de un gigante*—, y otras delicadas y sentidas—*La retirada de los tres*, *Caridad*, *A Cartagena*—; pero las que más cautivan la atención son las de carácter festivo, en que aparece siempre el intencionado humorismo de Cano. Tal ocurre con la que se titula ...*Y era manco*, muy popularizada; con *Un drama muy original*, donde se burla de las acusaciones dirigidas a los dramaturgos; con *Lo que canté a mi patrona*; con varios apólogos de circunstancias y, en una palabra, con casi todas las composiciones que forman el libro. No hay que olvidar las *Saetas*, que dan nombre a la colección, y de las cuales es una la siguiente:

Entre mil hombres honrados
elige el mejor amigo,
y si echas algo de menos. .
regístrale los bolsillos.

Leopoldo Cano, en fin, es un poeta flúido y vigoroso, que sabe adaptar la rima con toda soltura a la expresión de sus pensamientos; es un dramaturgo que conoce a la perfección los resortes escénicos y los medios de subyugar al público, y es un espíritu noble y altruista que pone al descubierto las llagas de la sociedad, aun a trueque de recibir ataques y censuras. Él mismo lo ha dicho en su composición *A Valencia*:

Con mano crispada y ruda
a fuego toqué la lira,
y al fuerte de la mentira
lancé la verdad desnuda.

El señor Benavides

El comandante de Estado Mayor don Nicolás Benavides estudió muy acertadamente la vida militar del general Cano.

He aquí el notable trabajo del culto jefe:

«Mucho agradezco a mi querido amigo el presidente de este Ateneo la atención de invitar a mi modesta persona, en mi calidad de oficial del Cuerpo de Estado Mayor, al que el general Cano honra estando en sus filas, para tomar parte en esta señalada solemnidad, cuya iniciativa es digna de los grandes merecimientos del señor presidente.

No pretendo estudiar la personalidad literaria del ilustre general-poeta.

Mi deseo es hacer un rápido bosquejo de su vida militar, y como ella se desarrolló con intensa brillantez y contiene interesantes aspectos, me decido a leer este trabajo, temeroso de que mi memoria no tenga presente

algún hecho interesante o de que mi palabra no los exponga todos con precisión.

Aún alcancé al ilustre general en la Dirección de la Escuela Superior de Guerra, durante el primer año de mis estudios en ella, y vivo está en mi imaginación el sentimiento que a mis compañeros y a mí produjo su ausencia del primer puesto de nuestro magisterio,

Ved, en breve exposición, cuál ha sido su noble vida militar:

A los 17 años, en 1861, ingresó en la Academia de Estado Mayor. En 1865 salió de ella con el empleo de teniente, que era el que entonces se otorgaba al terminar los estudios (porque los alumnos no eran ya oficiales, como lo son hoy), y obtuvo el número uno de su promoción.

En 1867 asciende a capitán y pasa a la citada Academia como profesor, cargo que desempeñó hasta 1875, en cuyo año marchó voluntario a la campaña contra los carlistas, a las órdenes del general Martínez Campos, hasta el fin de la guerra, en la que prestó valiosísimos servicios en la organización del Ejército de Cataluña, o de la derecha, marchando con el Estado Mayor de dicho general en su expedición al Baztán, tomando parte, como voluntario en la Brigada de vanguardia, en diversas y reñidas acciones, y mereciendo en la de Vera que el propio general en jefe le felicitara sobre el campo de batalla y le diera allí mismo el grado de coronel. El de comandante lo había obtenido en Madrid, en 1868, en los días de la Revolución.

Al terminar la campaña fué reintegrado a su cargo de profesor de la Academia de Estado Mayor, en la que siguió hasta 1882, año en que fué destinado a la Dirección General de Instrucción Militar, trabajando allí intensamente en la reorganización de la enseñanza militar y elaboración del reglamento de la Academia General Militar, reforma de las de los distintos Cuerpos y Armas y creación de las Preparatorias.

En 1889 fué jefe de estudios y segundo jefe de la Academia, y en 1890 marchó a Puerto Rico, a la Secretaría del Gobierno General de la Isla, como jefe de Administración de primera clase, volviendo a España en 1892.

Al llegar, pasa a la Junta Superior Consultiva de Guerra, y después al cargo de jefe de Estado Mayor en Galicia. Allí estaba en 1893, fecha sobre la que llamo la atención de mis oyentes, porque después he de referirme a ella.

En 1895 pasó, como jefe de estudios, a la Escuela Superior de Guerra, hasta 1900 en que asciende a general de Brigada, y ocupa la Secretaría de la Junta Consultiva de Guerra en 1902, siendo nombrado en 1907 director de la Escuela Superior de Guerra.

Ascendido a Divisionario, fué segundo jefe del Estado Mayor Central, fiscal del Consejo Supremo de Guerra y Marina y consejero del mismo, pasando entonces a la reserva por edad (aunque no por falta de vigor físico, pues aun hoy, que han pasado varios años, es tan fuerte su cuerpo como claro su espíritu y lozana su inspiración); siendo penoso que un precepto de la ley privase a la Patria de que continuara prestándole sus valiosos servicios tan ilustre soldado.

Escibió notabilísimos trabajos y memorias, descollando, entre los de carácter científico, su *Tratado de la cantidad radiante*, en el que expone una teoría personal y nueva; *Memoria sobre las cantidades imaginarias*; *El Autotelémetro*, (nuevo tipo de telémetro de campaña), y otras no menos notables.

Poned al lado de esto su copiosa y genial labor literaria, y decidme:

¿Qué hombre podría vanagloriarse de haber empleado mejor su vida? ¿Cuántos han sido tan útiles a su Patria y han elevado tanto el nombre de ella?

El Ejército, y de modo especial el Cuerpo de Estado Mayor (representado en esta sala por dos generales que fueron discípulos suyos y por todos los jefes y oficiales de

esta Plaza), al que honró con su labor y su prestigio, se enorgullece de la eximia existencia de este soldado-poeta que, como Ercilla, Garcilaso y tantos otros soldados que honraron las letras españolas, sintióse acariciado por las musas en el ardor cruento del combate y en las horas de insomnio y de fatiga, y cuyo espíritu ardiente e ingenioso creaba unas veces mágicas estrofas cinceladas por un castellano brillante y acerado como la espada que él ceñía, expresando el dolor, la indignación y la belleza en sus formas más diversas y elevadas, y otras, sintiendo la inquieta sugestión de alguna musa irónica y alegre, brotaba de su numen el rasgo agudo y feliz, la palabra gráfica que hacía en un instante el comentario a la descripción del aspecto cómico de una cosa.

Los actos del servicio debieron dar mil ocasiones para que el soldado-poeta prodigase las pruebas de su ingenio, y sería una bella obra la que realizarían cuantos le han tratado si procurasen recordar y reuniesen las frases felices y los inspirados arranques de este hombre preclaro, en su vida militar, pues esto nos daría una interesante y atractiva faceta más de su personalidad luminosa y fuerte.

Permitidme exponer uno de esos rasgos de ingenio que algunos compañeros de Cuerpo conocemos y que merece no quedar, por decirlo así, inédito.

Se ha encomiado la rapidez y naturalidad de versificación, en casos análogos, de Manuel del Palacio, Narciso Serra y otros poetas, pero veréis cómo el que voy a relatar no tiene que envidiar nada al más inspirado arranque de aquéllos.

Estaba el general de jefe de Estado Mayor en La Coruña, en 1893, como indiqué, y allí ejercía el cargo de auditor de Guerra don Pedro Buesa, persona competísimas e íntimo amigo del entonces coronel Cano, que, por cierto, había salvado allí mismo la vida a aquél, en inminente riesgo de perecer ahogado.

La cordialidad de los amigos aumentó con este hecho.

Y un día el auditor necesitó un pasaporte y fué al despacho del coronel, para decirselo.

No estaba éste allí, y el señor Buesa tenía prisa, por lo cual optó por consignar su deseo en un papel de los empleados para cartas, con el membrete del Estado Mayor, y dejarlo sobre la mesa de aquél.

He de advertir que en los Estados Mayores se decreta el despacho que debe darse a cada asunto, poniendo al margen del documento que a él hace referencia, lo que deben hacer los escribientes, anteponiendo al citado despacho la fecha, abreviadamente, y que la Sección Primera tiene a su cargo los pasaportes para licencias y permisos de oficiales y la Cuarta lo referente a Justicia.

Llegó el entonces coronel Cano a su despacho y vió la petición, acaso hecha en términos jocosos. Entonces la musa bulliciosa e inquieta que en ocasiones inspiraba al poeta, le hizo poner al margen de la petición el siguiente despacho:

«Tres - doce - noventa y tres.

Primera.—Estado Mayor.

Dése pronto al auditor
pasaporte..... a Leganés.

Y luego la Sección Cuarta
vea cómo se procesa,
por hurto, a don Pedro Buesa,
visto el papel de la carta.»

Este despacho, modelo de naturalidad y de gracia, no pasó de la mesa del coronel, naturalmente, siendo celebrado por el señor Buesa y demás compañeros.

En la labor poética y dramática, desarrollada por su fecundo espíritu, mientras cumplía brillantemente sus deberes militares, descuellan como notas características, aparte la sonoridad y facilidad de los versos, y el vigor de los personajes creados, la independencia de carácter del autor que le hizo fustigar los vicios y vergüenzas de los de abajo... y de los de arriba, un culto elevadísimo a

lo noble y a lo bello, una hidalga pleitesía a la mujer y una arrebatada adoración a la Patria, a la que tan brava y lealmente servía siempre, expresada en estrofas llenas de inflamados acentos, que prodigó en su honor, como le prodigó la ofrenda de su vida.

¡Envidia nos produce vuestra vida, mi general!

¡Bravo y noble ejemplo el de esta brillante vida de V. E.!

Tranquilo y satisfecho de vos mismo podéis estar, porque no es posible consagrar una existencia, mejor que lo habéis hecho, a los santos ideales de la Patria, el honor, la belleza y el bien.

El general Cano, como buen soldado, sentía intensamente los males de su España, y por eso los combatía con valor y se rebelaba en sus magníficos y sonoros versos contra los vicios de su época, dándonos un bello ejemplo de valentía y de amor patrio.»

El meritiísimo estudio del señor Benavides, fué premiado con una prolongada salva de aplausos.

Lectura de poesías

El distinguido escritor y director de *Ideas*, Aurelio Cuadrado, leyó admirablemente las poesías de Cano tituladas ... *Y era manco, La Patria, La calumnia, La abeja y la avispa* y una *Saeta*.

El público aplaudió tanto al poeta como al lector, que lo hizo con gran expresión y sentido.

Habla el poeta

Entre entusiastas aplausos se levantó don Leopoldo Cano, que con verdadera emoción, que entrecortaba sus palabras, dió lectura a su mensaje de gratitud, que dice así:

«Señoras y señoritas, que embellecéis esta reunión con las flores de vuestra hermosura y esplendores de la virtud: yo me tomo la libertad de saludaros sin presentación ni permiso. La vejez tiene sus privilegios.

Y vosotros excelentes amigos e ilustres maestros del bien decir, que empleasteis en obsequiarme el arte mara-

villosos de enlazar las palabras castizas y preciosas del léxico castellano, como en sargas de perlas con que adornáis la nobleza de vuestros pensamientos, dispensadme si me limito a rendiros mi tributo de admiración y gratitud en pocas frases, tan mal escritas como bien sentidas, y no contesto a vuestros preciosos discursos con otro mío, que sería el primero y parecería novedad en mis procedimientos artísticos, y como estreno de oratoria, arriesgado para mi temeridad y tardío para mi vejez.

Y vosotros, queridos camaradas de este viejo soldado, no creáis que se le ha enfriado el corazón porque confiese al público que tiene mucho miedo; no de morir. Ya es hora; y yo digo, como don Juan Nicasio Gallego: «No dirán que me malogro». Mi temor es de haberme vuelto loco sin notarlo, por ataque fulminante del delirio de grandezas.

Y diréis: ¿si tanta es tu modestia, por qué vienes en busca de obsequios inmerecidos?

Vengo, porque no es a eso.

El cariñoso e ilustre presidente de este Ateneo, y los jóvenes que en él se asociaron, como activos y generosos exploradores del campo literario, enaltecedores, émulos, y a veces superiores a los grandes maestros que todos veneramos, hubieron de descubrirme cuando emigrado y prófugo de la sociedad moderna, vivía como fraile laico, escondido en medio de la calle, solitario entre un millón de habitantes de la corte, y entretenido en la laboriosa ocupación de sobrevivirme.

¿Por qué acepté, aunque condicionalmente, la amable invitación con que me honraron?

Pues el caso es que no lo sé; pero me parece que tenía para ello dos razones:

La primera, que, como dije en verso:

- «Para todo cuanto intente
- »Valladolid, o me mande,
- »yo siempre en el Campo Grande
- »estoy de cuerpo presente»;

y la segunda, fué el amistoso convento de suprimir toda solemnidad y aparato en el acto natural y sencillo de mi viaje a Valladolid, el cual no significa más que la visita a la madre del hijo a quien calificó de *predilecto*, aunque los restantes valieran más que él, sin duda al persuadirse de que la adoraba.

Pero temo que vuestra benevolencia haya sido pródiga al favorecerme.

Y ¡Dios quiera que, por entrar haciendo demasiado ruido en la corte de honor del castillo viejo, para abrazar a mi madre patria, no se me caiga encima la torre del homenaje!

Al tiempo, inexorable, corresponde la sentencia definitiva.

Vuestra generosidad merece su admiración; mi atrevimiento no sé si indulgencia.

Reclamad su justicia; yo me contentaré con el indulto.»

Entrega de un título

Se repiten los aplausos con entusiasmo clamoroso y aún duran cuando el señor Torre Ruiz, entrega al poeta y dramaturgo insigne el título de «Socio de Honor» del Ateneo. El título va extendido en un artístico pergamino y encerrado en una carpeta de cuero labrado.

Una vez más reitera Cano su gratitud y se multiplican las pruebas de afecto y admiración al despedirse el ilustre poeta, entre una larga ovación.

EN LA UNIVERSIDAD

El miércoles 29, visitó la Universidad don Leopoldo Cano. Esta visita había sido solicitada por los estudiantes que deseaban expresar, especialmente, su admiración al ilustre escritor vallisoletano.

A las once de la mañana llegó a la Universidad el eximio poeta. Una verdadera multitud estudiantil esperaba la llegada del maestro, deseosa de sumarse, en su propia casa, a los homenajes de toda la ciudad.

Al descender del automóvil el poeta fué aclamado entusiásticamente por los estudiantes, y seguido de ellos, y aplaudido y vitoreado incesantemente, se dirigió al paraninfo.

En el paraninfo

Ocupó la presidencia el poeta, acompañado del rector señor Valverde, vicerrector señor Pérez Martín, presidente del Ateneo y decano de la Facultad de Historia, don Andrés Torre Ruiz, los restantes decanos y muchos catedráticos de las diversas Facultades.

En los escaños del estrado tomaron asiento las alumnas de la Universidad, dando de este modo una simpática muestra de adhesión al homenaje.

El rector

El rector, señor Valverde, en elocuentes frases, dió a Leopoldo Cano la bienvenida de la Universidad vallisoletana, siempre noble y acogedora.

Recordó la significación de Cano en todos los aspectos de su vida y el gran valor de su obra literaria.

Señaló sus primeros pasos en el campo literario, y sus triunfos posteriores y resonantes.

Y terminó su elocuente discurso saludando al poeta en nombre de la Universidad, de los catedráticos y de los estudiantes.

El señor Valverde fué repetidamente aplaudido.

El poeta

Los aplausos resonaron nuevamente al levantarse Leopoldo Cano y leer, presa de gran emoción, la siguiente poesía:

A LOS ESTUDIANTES DE VALLADOLID

Me han dicho que me esperáis
porque me queréis oír,
y nada os puedo decir
de Ciencia, que no sepáis.

Pero a los que me obsequiáis
como a estudiante más viejo,
todo mi cariño os dejo
en este templo de gloria
y una piadosa memoria
de mi fraternal consejo:

El progreso va delante
y ¡ay del que se queda atrás!
porque en el mundo no hay más
que un esclavo: el ignorante.

Pedid a labor constante
fortuna que irá en aumento,
pues hoy se otorga al talento
lo que antes se dió por gracia
y no hay más aristocracia
que la del entendimiento.

Los aplausos clamorosos y los vivos continuados obligan a dar nueva lectura a la poesía de Cano.

Abandonó el ilustre dramaturgo el paraninfo y nuevamente continuaron las aclamaciones, que aún se intensificaron a la salida de la Universidad.

En este homenaje espontáneo, simpático y, más que ningún otro, efusivo y entusiasta, tomaron parte más de dos mil estudiantes.

DESCUBRIMIENTO DE UNA LÁPIDA

EN LA PLAZA DE LAS ANGIUSTIAS

Acto seguido se efectuó el solemne descubrimiento de la lápida que el Ateneo colocó en la fachada del Teatro de Calderón, que ocupa el solar donde estuvo el palacio del Almirante, en que nació Leopoldo Cano.

Allí se congregaron, con objeto de asistir al acto, el capitán general, gobernador civil, rector de la Universidad, presidente de la Diputación, gobernador militar, una representación del Ayuntamiento, delegado de Hacienda, presidente del Ateneo, muchos de sus socios, diversos jefes y oficiales de Estado Mayor y otras personalidades.

El señor Olea

En nombre del Ateneo hizo uso de la palabra su presidente honorario, señor Olea Pimentel, que en cálidas frases señala este acto como esencialmente popular.

Elogia la labor del Ateneo, sus entusiasmos y esfuerzos y sus grandes campañas e iniciativas, a las que viene a sumarse este homenaje a Leopoldo Cano, el hijo predilecto de Valladolid.

Dijo el señor Olea Pimentel, entre otras cosas, lo siguiente:

«En este momento siento una profunda y sincera emoción. Permitidme que prescinda de la ilustre presidencia del acto y me dirija al pueblo; a los transeúntes; no por falta de cortesía a las ilustres personalidades que nos honran, sino porque para ellas en realidad, dada su cultura, nada podría decir que las pudiera interesar.

Al pueblo sí; a ese pueblo que ve fijar lápidas, y que se para un momento en el trajín del día, al ver que unos señores discursen, es preciso decirles el alcance de es-

tos actos, para que no crean y confundan las mil carnavales oficiales con estas sinceras fiestas del espíritu.

A vosotros, los vecinos de la ciudad, quiero deciros que este Ateneo se ha preocupado constantemente de que el viandante castellano, en esos días tristes, en que todos sentimos decaimiento y desconfianza en los destinos de esta raza, al levantar la cabeza acongojada por tantas torturas, conforten su espíritu al ver y pensar que sobre este solar escribieron Granados, Santa Teresa y Cervantes; que nacieron Zorrilla, Núñez de Arce, Ferrari y Cano, los poetas más grandes del romántico siglo que vimos germinar; y que aquí, en esta tierra— que yo llamo bendita— tallaron Juni, Berruguete y Gregorio Hernández, y que estos artistas en estas calles se inspiraron porque Leopoldo Cano aquí conoció a su Marcial, y Juni a aquella mujer que divinizó aunando el dolor y la fortaleza en Nuestra Señora de los Cuchillos, y que cuajó ese tipo, encarnación de Virgen, Fuerte y Dolorosa, que no pudo hallar más que aquí.

Son los artistas los que nos sublimaron haciéndonos inmortales, y vosotros les hicisteis artistas porque les ofrecisteis la verdad de vuestras grandezas.

¡Levantad vuestra cabeza a la vez que vuestro corazón, castellanos!

Somos capaces de inspirar obras inmortales y por ello tenemos el deber y el derecho de confiar en nuestra inmortalidad.

Cuando en los días tristes y de desventura paséis por estas calles, sirvan estas piedras para levantar vuestro espíritu.

Somos el pueblo de los místicos, de los poetas, de los prosistas de los siglos dorados. Somos el pueblo de los grandes destinos. Castellanos, no desmayéis y cumplamos todos los deberes que la historia señaló a este glorioso solar.»

El culto publicista señor Olea, fué ovacionado por la multitud estacionada frente al coliseo.

La lápida

Seguidamente se descubrió la artística lápida, labrada por el señor Cazenave, en que reza la siguiente inscripción:

AQUÍ ESTUVO
EL PALACIO DEL ALMIRANTE
DONDE NACIÓ
EL 13 DE NOVIEMBRE DE 1844
D. LEOPOLDO CANO
Y MASAS
POETA Y AUTOR DRAMÁTICO.

—
EL ATENEO DE VALLADOLID
HIZO CLAVAR ESTA LÁPIDA
EL 29 DE OCTUBRE DE 1924.

La concurrencia fué desfilando paulatinamente y muchos de los oyentes se acercaron a felicitar al señor Olea y a los organizadores de tan brillantes actos.

POR LA TARDE

Té en honor del poeta

En los elegantes comedores del Hotel de Inglaterra fué servido el té homenaje que dedicaba el Ateneo al inspirado poeta e ilustre general don Leopoldo Cano y Masas.

Se hallaban en la mesa de honor el festejado, que sentaba a sus lados al capitán general de la región y al

presidente del Ateneo; el gobernador militar, el general jefe de Estado Mayor, el vicerrector de la Universidad, el delegado de Hacienda, el coronel, jefes y oficiales del Cuerpo de Estado Mayor; los hijos del poeta don Adolfo y don Alfonso, y su sobrino don Rafael Cano.

Los restantes puestos se hallaban ocupados por ateneístas y elementos intelectuales.

El té fué admirablemente servido, con la delicadeza propia del hotel.

En nombre del Ateneo ofreció el agasajo don Federico Santander, quien recordó los méritos de don Leopoldo Cano.

«En la panoplia de Cano —dijo— la pluma se cruza con la espada fraternalmente, como se cruzaron siempre, porque ambas están hechas con el mismo acero y con ambas se puede servir al ideal. Fué poeta Cano sin dejar de ser soldado, y son virtudes castrenses las que inspiran sus obras. Así le vemos enaltecer la disciplina, que es la primera de las virtudes militares, loando a Carlos en *La mariposa*, «por no haber sabido sublevarse». Sobre todos los amores, coloca nuestro poeta el amor a la Patria. Y aunque su sátira flagela vicios sociales, jamás personaliza, ni injuria, porque sabe que el agravio es incompatible con la caballeridad.

Otro ideal de Cano es la libertad. La libertad en España es una conquista de soldados. Y Leopoldo Cano aprendió a amarla en el combate, junto al cañón, en la lucha que tuvieron por campo los valles y las ciudades y los montes, cuyas cumbres sirvieron para los títulos de nobleza que, como recuerdo de las proezas en favor de la libertad se concedieron a los generales de la Restauración, títulos que hoy con orgullo legítimo ostentan los herederos de aquellos caudillos liberales.

Los ateneístas, que defenderemos siempre la supremacía de la inteligencia y que nos erguiremos contra lo que trate de coartar lo incoercible, rendimos gustosos el corazón y el albedrío ante el general Cano, que supo hacer

del torzal de su faja, no una mordaza para las bocas, sino un lazo que atara en simbólica gavilla las espigas de todos los pensamientos y todos los sentimientos españoles».

El señor Santander fué muy aplaudido

El señor Cano contestó con el siguiente *brindis*:

No olvidé de trabajar
los amistosos consejos;
es que a los tenores viejos
no nos permiten cantar,
desde que un muchacho listo
propuso a otros tres o cuatro
enriquecer el teatro
con joyas que nadie ha visto,
y atribuyo mi total
carencia de entendimiento
a que en España, el talento
no creció hasta el siglo actual,
y hace ochenta años que (no
diré por *gracia* bendita)
nacimos: la dinamita,
la polca mazurca, y yo.

Vengo de un país glacial,
donde la amistad se ha helado,
y aterido y aterrado
busco el calor fraternal,
la hospitalidad, la calma
del noble hogar solariego
donde no se apaga el fuego
que quita el frío del alma.

Vuestra cordial bienvenida
me ha confortado, de suerte
que no me asusta la muerte,
ni me entristece la vida

más que el temor, con que aún lacho
y me atormentó en secreto,
de que olvidéis por completo
al viejo que os quiso mucho.

Mi costumbre seguiré
de adorar a quien me quiere
y, como el alma no muere,
yo nunca os olvidaré.

Fué aplaudido con entusiasmo.

EN EL TEATRO DE CALDERÓN

BRILLANTES FUNCIONES DE HOMENAJE

En el Teatro de Calderón de la Barca se celebraron en tarde y noche las funciones organizadas como homenaje a Leopoldo Cano.

En ambas, la sala presentaba brillantísimo aspecto. En la vermut ocupaba palcos y butacas lo más selecto de la sociedad vallisoletana, junto con las autoridades locales y representaciones de centros y entidades.

La compañía de Miguel Muñoz, representó admirablemente el hermoso drama de Cano, *La Mariposa*, en que se pudo gustar de nuevo el ingenio sutil, la nobleza de sentimientos y el alcance social de la obra fecunda del poeta.

Ofrenda al poeta

En uno de los entreactos tuvo lugar la ofrenda poética al maestro.

La escritora doña Agustina L. de Reglero leyó un lírico y sentido saludo, en nombre de la mujer castellana. Los notables poetas Antonio Reglero, José María Vela de la Huerta, Zacarías Ilera, Francisco Martín y Gómez y Moisés Garcés Cortijo, leyeron muy bellas e inspiradas

poemas originales. Todos fueron muy justa y repetidamente aplaudidos.

He aquí los trabajos leídos:

De doña Agustina L. de Reglero

«Señor y Poeta: Por mi boca la mujer castellana te saluda. Castilla, en fiesta, te aclama, y sus mujeres tienden aurea alfombra de mieses bajo tu planta.

Portavoz soy del sentir de femeninos corazones, y la tuyo llevo ¡oh Poeta! con el dulce regalo de una ofrenda de almas.

No repares en el áspero alentar de las hijas de esta tierra; no veas la parda rudeza de buriel que moldea sus almas; frutos hay de dura corteza que guardan, entre sus indehiscentes y firmes paredes, sabrosa pulpa.

¡Salud, Poeta! Las mujeres castellanas te agasajan con el grave donaire, con la parva delicadeza de su decir sincero, y, hanme rogado no las desmienta.

Por eso vengo a ti ¡oh Poeta! no como pájaro fastuoso de irisado plumaje y canoro y musical acento, sino como tímida aveca de los encerados frigales que osa hoy, por vez primera, remontar su vuelo y su canto en tu honor.

Peregrina soy, además, y mi planta andariega cruzó la esteparia llanura buscando lo mejor de ella para ti.

Mi corazón—hecho oídos—fué recogiendo agrestes resonancias, rumores de égloga, alentar de vida en la entraña sin jugo, del terruño... Poeta, yo te ofrendo esta evocación de los campos muertos de sed; mas, para disipar el amargor del recuerdo, la alondra enseñóme a desgranar su canción, y en tu alma he de volcar el chorro tintineante de sus perlas.

También el tonar cadencioso de un joven labriego, en la barbechera, tremó en mi corazón; y lo hallé tan lleno de ternura que he de agasajarte con él.

Ingenuas mozelas, cual dulces moabitas de tez dorada a besos de sol, alegráronme con la gracia amable de su risa, y a ti vengo con su alegría.

Mis ojos anegáronse en las claras perspectivas de los campos, y con su luz te regalo.

Las palpitaciones de las tierras llanas vibran en mí, y a ti las transmito fervorosa.

De un nido te traigo el calor...; del sol su hálito reverberante; y prendido en mi alma, como una veste luminosa, un trozo del joyante tapiz de los cielos.

En lozanas primavera he aspirado el perfume del agro verdequeante y embriagada con su aroma he caído sobre un trival; allí mis manos ensangrentáronse con el suave terciopelo de las amapolas. ¡Es tan hermoso, tan vivo y rutilante su color que anhelo mostrártelas como dos ramilletes!

Mi fantasía, sonámbula, cabalgó un instante sobre una nubecilla blanca, y, desde el trono ingente del albo vellón, vi cómo la planicie, sosegada y calma, bajo el fanal azul del firmamento, por los poros ocrosos de su vientre fecundo, por mil estriadas bocas calenturientas, entonaba un himno glorioso en loor tuyo.

¡Salve, Poeta! ¡Las mujeres castellanas te dan su bienvenida!

De don Moisés Garcés Cortijo

I

En el nombre del Arte que en tus obras culmina
y porque eres poeta de estirpe luminosa,
la Ciudad te engalana con la gloria divina
y en abrazo de madre se te da cariñosa.

Honra a ti, predilecto sucesor de Zorrilla,
Nuñez de Arce y Ferrari, que llegaste en la hora
en que nacen los héroes de la rancia Castilla,
bajo el soplo fecundo que germina y devora.

¡Los poetas no mueren! La Ciencia les revive;
que es Leopoldo Cano cuando *La Maya* escribe
La Mariposa eterna de cristal y de luz.

Fuerte en *La Pasionaria*; en *Velay* nos asombra,
y cuando sus *Saetas* nos dispara, la sombra
le persigue de un sueño de amor y juventud.

II

Gran maestro y amigo; militar valeroso;
tratadista sublime; dramaturgo y poeta;
de talento profundo; en la guerra animoso;
en el libro un austero y en el campo un atleta.

En la diestra la pluma y al costado la espada;
diz, que la Madre Patria algo grande le debe;
a Sanchos y Barberos venció en ruda jornada
este buen Don Quijote—muy siglo XIX.

Calzó espuelas, fué altivo; en la lucha el primero,
y ha amado la justicia como buen caballero
al cruzar por la vida del Milagro y del Bien.

...Y pues que en esta tierra comunera naciste
y a ella cuanto vales y eres se lo debiste
ruega, hermano poeta, por ella y nos.

Amén.

De don Antonio Reglero

Cual brillante, de múltiples facetas,
es la imaginación, fecunda y varia,
del autor de la bella *Pasionaria*,
que derrochó el ingenio en sus *Saetas*.

Con la pléyade ilustre de poetas
de la pinciana escuela literaria,
brilló, con propia luz, en la esteparia
tierra de Comuneros y de ascetas.

Con su musa mordaz, fuerte cual roble,
fustigó, sin piedad, todo lo innoble,
a manera de nuevo Juvenal.

Arte, bondad y amor, fueron su escudo,
y por ellos, trabó combate rudo,
y al vencer en la lid, se hizo inmortal!

* * *

¡Jerarca eximio de la Poesía;
escritor de abolengo castellano;
flagelador del necio y del villano;
desfacedor de toda felonía!

Valladolid te rinde pleitesía
y a tus plantas se postra, noble anciano,
subyugada por tu arte soberano
y el estro de tu ardiente fantasía.

Como hijo predilecto te proclama,
porque diste a la madre honor y fama,
tu nombre engarza en lírico rondel.

Ella, orgullosa, de tu excelsa gloria,
para que no se olvide tu memoria,
¡te ciñe una corona de laurel!

De don Francisco Martín Gómez

Maestro: Estos versos no tienen más valor
que haber brotado a impulso de ardiente juventud,
ilusiones que triunfan porque llevan amor
que es siempre de la tierra la más bella virtud.
Hoy que nuestra canción
pondrá en vuestra figura—de venerable aspecto—
calor de corazón
que os lleve hacia el afecto
de nuestra admiración,
bienvenido, maestro, a la vieja ciudad
de cariños filiales,
entre nuestra humildad
que vuestro paso quiere sembrar de madrigales.
El tiempo—como un viejo corazón—va pasando.

¡El tiempo! Quién pudiera su marcha detener
por seguir admirando
lo que un día, de gozo, nos hizo estremecer.
Pero si el tiempo rueda,
a veces la obra queda,
—románticas auroras
de eterno resplandor—
¡Gloria que vencer pudo la marcha de las horas
es la gloria mejor!
Y así es la gloria vuestra. De época no lejana
vienen hoy *Pasionaria*, *La Mariposa*, igual
que en el ayer, hoy triunfan sobre la escena hispana
como dos nuevas rosas que da el viejo rosal,
Sembrador de la idea. Creador, que es lo mismo.
El soldado-poeta triunfó del alto anhelo;
es de esos hombres fuertes que cruzando un abismo
llevan siempre los ojos levantados al cielo
—el cielo que quisieron crear con su optimismo—
Maestro: Hoy es el día
más grato al corazón.
Sobre los áureos triunfos de vuestra poesía
ha puesto mi canción
su torpe madrigal
—que si he trocado mal—
os ofrezco, aunque pobres de toda inspiración,
las flores más hermosas de mi honda devoción.

De don José María Vela de la Huerta

Como en los viejos tiempos del pasado
un corazón ha unido en su latir
las glorias del rimar y del sentir.
—¡Corazón de poeta y de soldado!
...Si la bruñida espada hizo ceñir
pendiendo del tahalí, en su costado,
también su pluma de oro cincelado
cifó galas de idiomas al escribir.

Hoy viejo ya, sobre su noble frente
que corona el laurel, la vida pasa
con recuerdos de triunfo, quedamente...

Y abre sus puertas nuestra hidalga casa
para ofrendar amor al hijo ausente.
¡Que aún en la hoguera brilla ardiente brasal...

De don Zacarías Ilera Medina

Zorrilla

Su musa en torno gira
de la leyenda de oro,
y es la patria el tesoro
de amor, en que se inspira

De la inflamada pira
de su numen sonoro,
vuela un fénix canoro
que hace inmortal su lira.

España, no te acuerdas,
cuando en sus áureas cuerdas
vibró tu tradición?...

Ya no las pulsa el vate:
desde entonces, no late
tu inmenso corazón!...

Núñez de Arce

Ya no hay vates que esparzán la semilla
de un mañana mejor. Si un personaje
hiere a la madre patria con ultraje
no hay nadie que castigue la mancilla

Es tu musa civil. Tu lira brilla
con fulgores de ira y de coraje;
y, al callar, con la duda, su cordaje,
pierde toda esperanza mi Castilla.

De los ágiles puntos de tu pluma,
como brota una flor y corre el agua,
fluye tu inspiración, ¡oh, egregio vate!

la idea, como el sol, rasga la bruma,
y forjas en el yunque de tu fragua;
a martillazos, versos de combate...

Ferrari

Son tus rimas donosas y galanas,
cuando escribes, en versos melodiosos,
«Dos cetros y dos almas»: los gloriosos
tiempos de las grandezas castellanas.

Son tus líricas alas soberanas,
cual los dos hemistiquios armoniosos
de un águila de vuelos anchurosos,
al planear sobre «Las tierras llanas».

Flexible elocución, rima precisa,
vario plectro de varia tesitura:
vate, poeta, trovador y bardo;

que es tu pluma inmortal con Eloísa,
porque en el verso pones la ternura
de la mujer amada de Abelardo.

Cano

Maestro: por tu obra peregrina,
para ti, a mi vergel de otoño, yerto,
pido la rosa y el clavel abierto,
y, al cielo azul, la estrella diamantina.

Pues que la alegre alondra matutina
no vierte ya sus trinos en tu huerto,
que el ruiseñor nocturno su concierto
desgrane en tu gloriosa y vieja encina.

El volcán se aquietó bajo la nieve,
igual que el vuelo de la abeja leve;
ya no combates ni tampoco escribes;

no manejas la pluma ni la espada:
pero la Poesía—que es tu amada—,
canta en tu corazón, y, así, la vives...

Saludo a Valladolid

Cuando los poetas terminaron su ofrenda, adelantóse hasta el proscenio don Leopoldo Cano. Fué un momento de suprema emoción. Todo el público, puesto en pie, aclamó al insigne vallisoletano. La ovación duró varios minutos. Al fin cesaron los aplausos y los vítores y don Leopoldo Cano pudo dejar oír su voz para saludar a su pueblo natal con las siguientes estrofas:

Patria de honor e hidalguía,
hoy, después de luengo plazo,
torna un viejo a tu regazo.
¡Buenas noches, madre mía!

Aunque no soy eminente,
como nada malo he hecho,
tengo también el derecho
de que me quiera la gente,
y tu amoroso mandato
obedezco agradecido,
pues venir será atrevido,
mas negarse es desacato.

Cuando me alejé de ti
tras de ilusiones corría,
y hoy resulta profecía
este cuento que escribí:

«Diz que había un angelón
»en el Arco de Santiago,
»que ha sucumbido al estrago
»de la civilización.
»Como exvoto o como muestra
»del «nuestro de cada día»,

- »creo que el angel tenía
- »un panecillo en la diestra;
- »y si un vallisoletano,
- »de gloria con el anhelo
- »huía del patrio suelo,
- »mostrando el pan en la mano
- »con que abría un ventanillo,
- »gritaba el angel: ¡Al loco!
- »¡Buen viaje!... Dentro de poco
- »vendrás por el panecillo.»

Pues yo que fui, sin ingenio
ni amigos, yermo adelante,
y soy un pobre cesante
retirado del proscenio,
vengo a confesar contrito,
que ha sido estéril mi afán,
pues si he conquistado el pan
he perdido el apetito;
y no aspiro a la merced
del demonio a sus clientes:
las trufas cuando no hay dientes
y el champán cuando no hay sed.

Por negar mi esclavitud
a roedores de famas,
el maldecir de mis dramas
fué moda de juventud.
Nadie se acuerda de mí,
ni aun me conoce ni nombra;
y hoy surjo como mi sombra
en la casa en que nací.
En Artes, no voy ni vengo,
pero me doy mucho fono
a solas, cuando perdono
a los contrarios que aún tengo;

y si se quieren morir
ofrezco llevarles luto,
ya que por ellos disfruto
el gusto de no escribir;
pues cuando a su hostilidad
hicieron persecución
yo sentí hasta adoración
por mi hermosa obscuridad;
y un día, de verme solo,
sin dar ni pedir excusas,
supliqué a las nueve Musas
dar expresiones a Apolo;
y el que suba hoy cien peldaños,
en mi tranquila morada
verá mi pluma clavada
en la mesa, hace quince años.

—
¡Cuando fui de gloria en pos...!
mas no te cuento esa historia
porque perdí la memoria
y he dado gracias a Dios.

—
Ya sé yo, madre adorada,
que muchos encuentran modo
de apoderarse de todo,
mas para mí todo es nada.

En el montón me es igual
estar arriba o abajo
y no me tomo el trabajo
de querer a nadie mal;
que el «bien sin mirar a quien»
se ha de hacer de esta manera:
«queriendo a quien bien nos quiera
y a quien no nos quiera bien».

Rendido estoy de luchar
sin padrino, y sin compadre,
y sólo te pido, madre,
un hoyo en que descansar.

No soy triunfador glorioso
que tus aplausos merece,
sino un viejo que te ofrece
su homenaje respetuoso.

Otorga bienes sin fasa
a portentos nacionales;
no a mí, que en tus soportales
soy cosa de andar por casa.

Allá, provocado a lid,
di guerra al que quiso guerra.
¡Aquí, la rodilla en tierra,
saludo a Valladolid!
y un fuerte apretón de mano,
por si este es mi último viaje,
es el único homenaje
que ansía, Leopoldo Cano.

Coronas y regalos

La ovación se repitió, estruendosa, y mientras el escenario quedaba materialmente cubierto de flores, arrojadas desde diversos palcos, le fueron entregadas a don Leopoldo Cano una monumental corona de laurel, palmas y rosas, con cintas de los colores nacionales y de Castilla, y la inscripción: «A Leopoldo Cano, el Ateneo de Valladolid»; otra de nardos y claveles, de la Asociación de la Prensa y una copa de plata con flores, que llevaba la siguiente dedicatoria: «Al insigne poeta don Leopoldo Cano, cantor de la Patria y de la Libertad, la Juventud de la izquierda liberal de Valladolid.»

Un rasgo delicado

Leopoldo Cano tuvo un rasgo delicado: un rasgo de vallisoletano y de poeta. Al recibir las coronas con que le obsequiaban, dispuso que una de ellas fuese enviada en su nombre al panteón de vallisoletanos ilustres y colocada entre las tumbas de Zorrilla y de Ferrari, y la otra fuera ofrecida a la Virgen de las Augustias y depositada a los pies de su altar.

Al conocerse en la ciudad el delicado rasgo del poeta fué unánimemente elogiado.

Glosas al viaje

La visita de Cano constituyó la actualidad dominante en Valladolid durante la permanencia del poeta. La ciudad entera se adhirió al homenaje. Entre los comentarios que le dedicó la prensa local, recogemos el artículo que con el título *Glosas al viaje* publicó en *El Norte de Castilla* el laureado poeta don José María Vela de la Huerta:

«La ciudad pierde su cotidiano reposo. El viejo caserón solariego abre de par en par sus ruinosas puertas para recibir al mayor de sus hijos, que salió joven y garrido mozo, y torna venerable maestro. Sus piernas flaquean al fatal peso de sus ochenta años; pero su cabeza, aún encrespada y blanca por la nieve de tantos inviernos, se yergue altiva y serena. Su voz—aquella voz diáfana y clara en un día lejano—la enturbia el tiempo y la emoción, y tremante, en un bajo tono, apenas perceptible, sigue cantando la sonoridad del consonante flúido.

Su corazón y su espíritu aún viven jóvenes: todavía alientan con entusiasmos, y a no estar encarcelados en la caduca prisión de un cuerpo que cruzó por la vida largamente, aún querrían trazar el plan de una batalla, y en el descanso confortador, tras del reñido combate, rimar en el silencio de la calma la estrofa de amor.

El soldado-poeta, con su cansino paso, con su mirar

inquieta, con la nerviosidad viril de su temperamento, todo lo escucha, lo mira todo, y, animado y diligente, va de aquí para allá; y en continuo charlar retrotrae su pensamiento y el prodigio de su memoria, joven aún, recuerda a nuestros padres, como él, ya viejos también, que le festejaron con su aplauso en el triunfante esplendor de su plena actividad.

En el Ateneo—la docta mansión que brinda humildemente su hospitalario albergue a toda noble causa—recuerda el viejo tiempo pasado al ver en las paredes de su saloncillo los retratos de aquellos maestros de nuestra lírica: Zorrilla, Núñez de Arce, Ferrari... Castellanos poetas, que en castellano escribían, con claridad y emoción, según la escuela de su época, inmortal ante todo y sobre todo... En la Universidad añora con dolorosa evocación los viejos claustros, y las sapientes aulas de donde salieron licenciados y doctores que dieron gloria y prestigio a la ciudad. Pero las aclamaciones entusiastas y los vítores de la juventud estudiantil, alegre y vocinglera, le comunican su alegría; y el maestro ríe y olvida, envuelto entre la mocedad de un grupo que le aplaude y le aclama... El marcial clarín que toca generala al entrar en los patios de la Academia militar—horno en donde se templan estériles entusiasmos; crisol en donde se funden las ideas del honor y del sacrificio sublime—tráele a la memoria sus tiempos de soldado... En nuestro primer teatro siente de nuevo la inexplicable caricia halagadora del aplauso entusiasta y unánime, hace años no escuchado...

El viejo maestro, en este viaje, ha abierto el libro de los recuerdos de su vida, donde estaba escrito todo su pasado. En la última hoja, aún en blanco, los poetas y los aprendices de poeta, hemos puesto, un poco azorados por la humildad de nuestra firma, el tributo de nuestra veneración ..

¡Acaso esta hoja, a pesar de su pobreza, sea la predilecta del maestro, en el glorioso libro de sus recuerdos...!>

EN LA ACADEMIA DE CABALLERÍA

LA VISITA

El jueves 30, a las doce, don Leopoldo Cano visitó la Academia de Caballería.

Fué recibido por el jefe de estudios y el profesorado de dicho centro, con los que conversó amablemente, firmando en el album del establecimiento.

Después saludó a los alumnos, formados por escuadrones en el patio, siendo despedido con muestras de gran afecto.

EN EL AYUNTAMIENTO

LA RECEPCIÓN

A las doce y media don Leopoldo Cano se dirigió al Ayuntamiento, con objeto de asistir a la ceremonia de entrega del título en que se consigna su nombramiento de hijo predilecto de la ciudad, preeminencia que le fué concedida en 1883.

A su llegada a la Casa Consistorial fué recibido a los acordes de los timbales y acompañado hasta el salón de fiestas por el Ayuntamiento en pleno, presidido por su alcalde accidental, don Rodrigo Esteban Cebrián.

Le acompañaban el presidente del Ateneo, señor Torre Ruiz, y varios socios de la entidad cultural.

El alcalde

El señor Cebrián pronunció breves y atinadas palabras de salutación. Enalteció la figura literaria y militar de Cano y se hizo intérprete de la satisfacción que al pueblo de Valladolid le produce el considerar al ilustre poeta como su hijo predilecto.

Palabras de Cano

Al recibir el pergamino conteniendo el nombramiento, el eminente escritor significó su gratitud dando lectura a las siguientes sentidas frases:

«Excelentísimo señor: La honrosa distinción con que, por galante iniciativa de V. E., me vuelve a favorecer esa ilustre Corporación municipal de su presidencia dignísima, otorgándome un precioso escrito en pergamino, recordatorio del título de *Hijo predilecto de Valladolid*, que ya me fué concedido por ese mismo Ayuntamiento en 21 de Diciembre de 1883, es obsequio inesperado, que me enorgullece, pero que también me abruma y angustia, pues esos vigorosos impulsos que sirvieron a mi juventud como de alas para elevarse un poco sobre miserias de la vida, resultarían de excesiva pesadumbre sobre las debilidades de mi vejez, si la malicia (por supuesto con intención deliberada), me imputase la insensata superchería de utilizar el círculo de vuestros brazos como paracaídas y sostén de mi torpeza artística.

Yo no he venido a falsificar la gloria ni a hurtar laureles en coto cerrado de exclusiva propiedad.

Tuve el honor de emigrar del infierno del teatro; pero no caigo sobre Valladolid como lanzado desde el Parnaso, adonde no estuve nunca, ni aun de visita, ni sufrí el desvanecimiento del vértigo en las cimas a que nunca llegó mi pequeñez, pues no soy *ingenio cumbre*, ni águila de alturas, ni *poeta de altura*, sino coplero pedestre y andariego por el castellano terruño, como él liso y llano, pobre y generoso cantor de glorias ajenas, desheredado de todo, y aun denunciado por la envidia como predilecto de la fortuna y monopolizador del acervo común, porque al desfallecer como obrero rendido en el trabajo, disfruta la blandura de la arena infecunda (a que pomposamente llamamos tierra de Castilla) y puede recrear sus ojos con una ración mayor de la que le corresponde del hermoso cielo azul... de donde cae el granizo.

Yo no vine en demanda de homenajes que no merezco, sino a rendiros el que os debía.

Sé lo poco que valgo; y, sin paradoja, puedo decir que tengo la vanidad de no tener ninguna.

Vosotros ignoráis que aplaudisteis como mío lo que era vuestro.

Mis versos han sido pregoneros de las virtudes castellanas: la franqueza leal, la austeridad de las costumbres, la fe sin hipocresía, el culto a la verdad, el amor a la patria, la resignación en la desventura y la hospitalidad, que no todos agradecen.

Excelentísimos señores,
que aún sois más
excelentísimos amigos:

Aunque sé que mi gratitud ha de quedar siempre en deuda con vuestra afectuosa generosidad, no vacilo en aceptar el honroso recordatorio de mi título de *hijo predilecto*, que estimo como diploma de honor y de cariño; que he de unir con el retrato de mi madre para que ambos estimulen mi doble amor filial a la tierra patria y a la santa mujer que me enseñó a quererla; y que cuando me muera irá honrándome el pecho, sobre mi corazón agradecido.»

Los calurosos aplausos de los concurrentes pasieron fin al acto.

Final

Seguidamente el ilustre académico recorrió las dependencias de la Casa Consistorial, y descansó breves momentos en el despacho del alcalde.

Con el mismo ceremonial que a la entrada, fué despedido don Leopoldo Cano, que al subir al automóvil, acompañado de sus hijos, recibió una calurosa ovación del numeroso público que en la Plaza Mayor se había congregado.

Agasajo íntimo

Por la tarde, a las cinco, el ilustre poeta fué obsequiado con un champagne de honor por el Cuerpo de Estado Mayor, al que pertenece.

Fué un agasajo íntimo y cordial, que se celebró en el despacho del general jefe de Estado Mayor, en la Capitana general, y al que asistieron el gobernador militar, el general jefe de Estado Mayor y todos los jefes y oficiales del Cuerpo, que tan patentes han hecho en estos días su admiración y su afecto al general Cano.

En Calderón

Después el insigne vallisoletano, con sus hijos, asistió a la función vermut de Calderón, en la que se representaba la obra de Tamayo, *Un drama nuevo*.

HOMENAJE POPULAR

En Zorrilla

Aprovechando la estancia del insigne poeta se representó en el Teatro de Zorrilla *La Pasionaria*, la más popular de las obras de Cano. Las representaciones del vibrante drama dieron ocasión a un nuevo homenaje popular. El público, que llenó el teatro, aplaudió con delirante entusiasmo al autor en los momentos culminantes de la obra, interpretada con gran acierto por la compañía de Enrique Rañabal.

REGRESO A MADRID

El viernes 31, a las diez de la mañana, el insigne poeta emprendió su regreso a Madrid. De su visita quedará en Valladolid, perdurable, el recuerdo graffsimo de un homenaje fervoroso y maternal que era, al mismo tiempo que una prueba de amor, un acto de justicia.

La prensa de toda España recogió la noticia del homenaje, distinguiéndose por su efusión *El Liberal* y *La Libertad*, de Madrid; *El Liberal*, de Bilbao, y *Heraldo de Aragón*, de Zaragoza. Las revistas ilustradas—*Blanco y Negro*, *Nuevo Mundo* y *Mundo Gráfico*—publicaron fotograffas y la figura del eximio poeta volvió al primer plano de la actualidad, alcanzando nuevamente el relieve que merece la obra larga, fecunda e inspirada de este gran cantor de la Patria, la Libertad y todos los grandes Ideales.

100